

LA SAGA DE HROLF KRAKI

POUL ANDERSON

Traducción de Lorenzo Martín del Burgo
Revisión de Javier Martín Lalanda

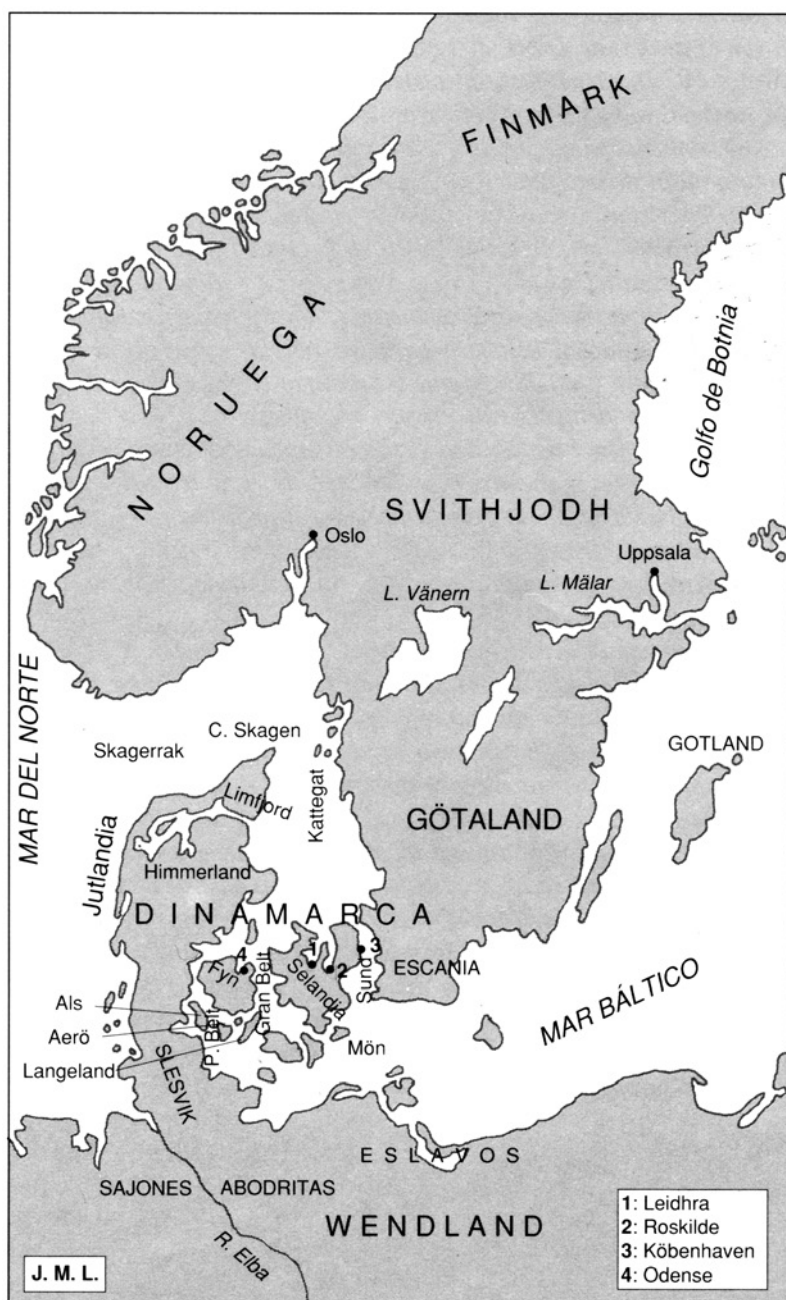
ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Hrolf Kraki's Saga*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Copyright © Trigonier Trust 1973
© de la traducción: Lorenzo Martín del Burgo, 2016
© del mapa: Javier Martín Lalanda
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-297-6
Depósito legal: M.1.938 -2016
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:
alianzaeditorial@anaya.es

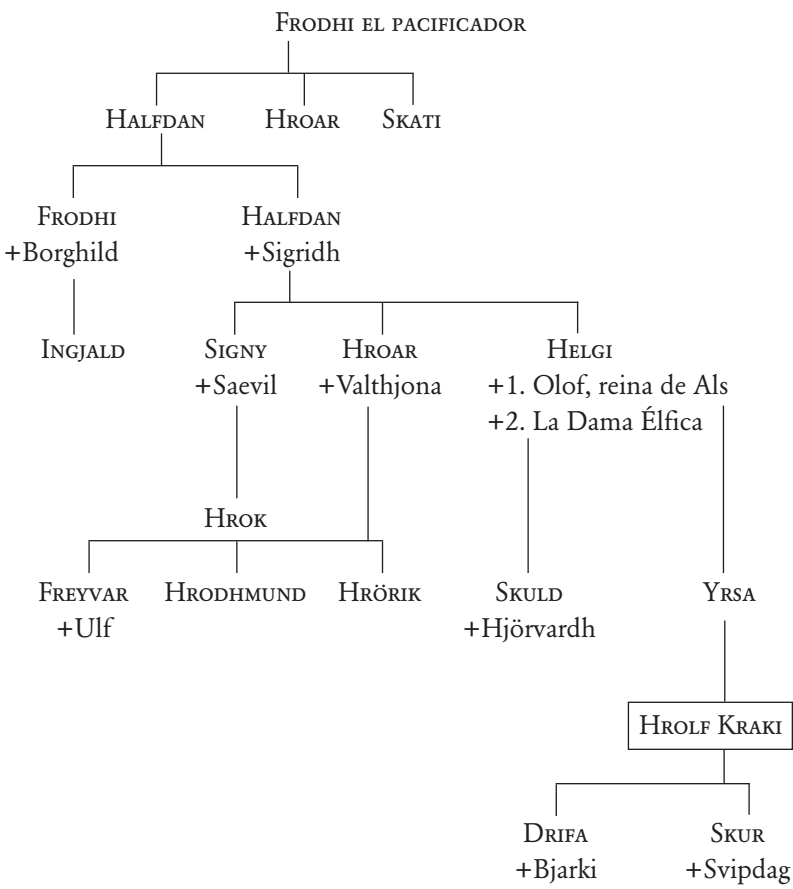


El mundo de Hrolf Kraki

*Algo nos sobrevive, por perdida que esté
la vida: la memoria no se hunde en el fango.
Hasta el fin del destino del mundo permanece,
en lo alto del cielo, el nombre de los héroes.*

BJARKAMAAL

LOS SKIOLDUNGOS



*A mis urdidores de historias favoritos:
los finlandeses Chelsea Quinn Yarbro y Emil Petaja.*

La historia de Hrolf Kraki

Prólogo de Poul Anderson

Un libro debe hablar por sí mismo. Pero, desde el momento en que éste no es una fantasía moderna, puede que al lector le guste conocer sus fuentes.

En contraste con la *Volsungasaga*, cuya trama es una historia que se desarrolla en tierras del Rin, el ciclo de Hrolf Kraki y sus héroes es puramente nórdico. En otro tiempo fue ampliamente conocido y tenía múltiples ramificaciones, profundamente ancladas en el alma y en las canciones del pueblo. Pero no tuvo la misma buena fortuna que la historia de Sigmund, Sigurd, el Azote de Fafnir, Brynhild y Gudrun: cuajar en una vigorosa narración en prosa e inspirar poemas que han sobrevivido en su integridad. Por eso es hoy prácticamente desconocido, por lo que merece que lo recordemos de nuevo.

Su argumento, cercano en el tiempo al del *Nibelungenlied*, es coetáneo con el de *Beowulf*. De hecho, él y este último se iluminan recíprocamente e incluyen cierto número de personajes comunes. El ejemplo más conspicuo es el del rey Hrothgar, cuya mansión fue liberada de monstruos por Beowulf. En la versión autóctona, Hrothgar es el tío Hroar de Hrolf. Se han hecho suficientes investigaciones adicionales para que no nos quede ninguna duda al respecto.

Ahora podemos fechar esto con bastante aproximación. Gregorio de Tours, en su *Historia de los francos*, menciona a un rey danés

—al que una crónica un poco posterior califica de «geata»—, Chochilaicus, que cayó en el curso de una masiva expedición en Holanda. Tiene que tratarse de aquel señor al que *Beowulf* llama Hygelac, y *Hrolf* (y algunos otros fragmentos de sagas nórdicas), Huggleik. Basándonos en esto, podemos afirmar con razonable confianza que era en realidad un geata. No estamos seguros de si este pueblo vivía en Jutlandia o en la región sueca de Götaland, por entonces un reino independiente. Me parece que lo segundo ha de ser lo más probable. En cualquier caso, como ese caudillo fue un personaje real, no hay ninguna duda de que no lo sean otros cuyos nombres ocupan un lugar mucho más importante en la tradición: como los mismos Beowulf y Hrolf.

Huggleik murió entre el 512 y el 520. En consecuencia, Hrolf floreció dos o tres décadas después. Ello sucedía durante el período de las invasiones, de las *Völkerwanderungen*, cuando había caído Roma y las tribus germánicas estaban en marcha, un tiempo tan salvaje como el mundo no ha visto jamás. Podemos comprender por qué Hrolf Kraki fue gloriosamente recordado, por qué los narradores de la saga, generación tras generación, incorporaban a su séquito a todo héroe que podían, aunque esto significase reservarle cada vez menos parte del ciclo al rey mismo. Su reino fue —por comparación, en cualquier caso; en la narración, al menos— un momento de sol durante una tempestad que rugió durante siglos. Se convirtió para el Norte en lo que Arturo para Gran Bretaña, y Carlomagno, después, para Francia. En la mañana de Stiklestad, quinientos años después y muy lejos en Noruega, a los hombres del rey Olaf el Santo los despertó un escaldo que cantaba en voz alta un *Bjarkamaal*: uno de esos cantos en los que los guerreros del pagano rey danés Hrolf eran llamados a su última batalla.

Fragmentos de ello han llegado hasta nosotros. Conocemos también el *Bjarkarímur*, una diferente, y tardía, colección de versos. En su crónica de la leyenda y la historia danesas, el monje que se hace llamar Saxo Grammaticus (ca. 1150-1206) ofrece todavía otro poema, en una larga paráfrasis latina a partir de la cual solamente podemos intentar reconstruir el original. (Un ejemplo se encuentra en el capítulo 1 de «La historia de Skuld», mientras que

otras partes han sido elaboradas de una forma más en consonancia con la época, tal y como puede verse en los capítulos 2 y 3.) El libro de Saxo —que probablemente incluye la más antigua relación de Hamlet de que tengamos noticia— cuenta la historia de Hrolf. Adicionalmente, encontramos menciones de ello en la *Edda Menor* y la *Heimskringla* de Snorri Sturluson, en la abreviada *Skjoldungasaga*, y en referencias dispersas en distintos lugares. Las principales fuentes son unos cuantos manuscritos islandeses consagrados completamente a la leyenda. Desafortunadamente, ninguno de éstos es anterior a 1650, y tanto el estilo como la coherencia dejan algo que desear.

Todas las fuentes se contradicen unas a otras, y en ocasiones a sí mismas, en diversos puntos. Más aún, son demasiado fragmentarias, dejan mucho sin explicar para el lector moderno que no sea un especialista en la antigua cultura nórdica.

Me he esforzado por hacer *una* reconstrucción, si no *la* reconstrucción: juntar las mejores partes, llenar los huecos, usar las viejas palabras donde me parecían adecuadas y en caso contrario encontrar otras nuevas.

Muchas elecciones y suposiciones pueden parecer discutibles, si no completamente arbitrarias. Sin embargo, podemos dejar a los eruditos el divertido pasatiempo de discutir los detalles. Para mí, las cuestiones más importantes giraban en cómo hacer que el lector disfrutase de la narración, sin que ésta dejase de ser fiel a las fuentes originales.

Por ejemplo, desde mi punto de vista y sin duda el del lector, demasiados nombres comienzan con *H-* e incluso con *Hr-*. Como no me sentí con libertad de cambiar esto, a no ser que una de las fuentes ofreciese una alternativa, he intentado escribirlos de tal manera que reduzcan al mínimo las probabilidades de confusión. Por razones similares he usado los topónimos modernos, excepto para territorios como Svithjodh que ahora ya no existen.

Un riesgo mayor reside en el auténtico espíritu de la saga. Aquí no estamos en presencia de *El Señor de los Anillos*, obra de un autor cristiano y civilizado —aunque probablemente sea una de las variadas fuentes de Tolkien—. Hrolf Kraki vivió en la medianoche de la

Edad Media. Matanzas, esclavitud, robo, violaciones, torturas y ritos paganos sangrientos u obscenos formaban parte de la vida diaria. Los finlandeses, en particular, advertirán la brutalidad y la superstición a las que los escandinavos sometieron a su inofensivo pueblo*. Amor, lealtad y honestidad más allá de los más nimios tecnicismos, sólo eran para los parientes, para el jefe y los amigos más íntimos. El resto de la humanidad eran enemigos o presas. Y a menudo, la cólera o la traición rompían los lazos que había que haber respetado.

Adam Oehlenschläger, escribiendo en pleno Romanticismo, podía mirar sentimentalmente a Helgi, Hroar y Hrolf. Yo no. Aunque sólo fuese por eso, necesitamos que hoy nos recuerden que jamás debemos suponer que la civilización se nos dé como cosa hecha.

Espero que el lector sea indulgente con ello, así como con el obligado carácter desgarbado del relato y de lo que hoy sentimos como una carencia de profundidad psicológica. Lo último sólo refleja cómo se veía a sí misma aquella gente. Su conducta nos parece insanamente egoísta; pero para ellos, cada persona era en primer lugar un miembro de su familia y sólo en segundo término —por más codiciosa de riqueza o de fama que se sintiera— ella misma. El Héroe, con mayúscula, no es ninguno de ellos, sino más bien la sangre de Skiold, el Niño de la Gavilla, fluyendo a través de múltiples corazones diferentes.

Me he sentido obligado a dar al lector alguna idea de cómo vivía aquella gente y de cómo funcionaba su sociedad. Sin embargo, mi propósito no era reconstruir una hipotética realidad histórica, sino un mito. Por esta razón he puesto la narración en boca de una persona que vivía en la Inglaterra del siglo x, cuando el ciclo había alcanzado su pleno desarrollo —una mujer, ya que así su estilo narrativo podía escapar al que habría usado un hombre, más propio de la saga—. Por tanto, ella aporta no solamente lo sobrenatural, sino también numerosos anacronismos. La Escandinavia que describe es, en su mayor parte, la que ella misma conoce.

* Por lo menos, las sagas los llaman «finlandeses», aunque, en la actualidad, muchos de ellos serían lapones.

Respecto a los nombres de persona, los de los dioses están en sus formas modernas. Como los de los hombres son exóticos, se miren por donde se miren, se han dejado en el antiguo nórdico, lo que los anglosajones llamamos *Old Norse*. Ocasionalmente se ha modificado la ortografía, sin embargo, para facilitar al mismo tiempo la impresión y la lectura. Para aquellos lectores que se preocupen de estas cosas, la pronunciación en castellano se ajusta a las siguientes reglas, descansando siempre los acentos en la primera sílaba:

a: generalmente larga; ae: como en alemán *ä* o, aproximadamente, como en inglés *eh*; bj: como *bi*; dh: como *th* en inglés *this*; g: siempre suave como *gu*; hj: como *hi*; hr: como *jr*; j: como *y*; ö: como en alemán o, aproximadamente, como el inglés *oo* en *good*; th: como *th*, en inglés *thunder*; u: larga como en *Skuld*, excepto cuando la sigue consonante doble (como en *Gunnar*); y: como en castellano.

Pero que el lector no se preocupe de estas cosas a no ser que esté especialmente interesado, pues lo que realmente importa es la narración.

CAPÍTULO 1

Acerca de la narración

Había un hombre llamado Eyvind el Rojo, que vivía en el Dane-law* de Inglaterra cuando era rey Aethelstan. Su padre era Svein Kolbeinsson, que había llegado allí procedente de Dinamarca y a menudo había vuelto en viajes comerciales. Cuando fue suficientemente mayor, Eyvind se marchó. Sin embargo, como era más inquieto y ambicionaba más que Svein hacerse un nombre, al final entró al servicio del rey. En unos pocos años fue ascendiendo, hasta que en Brunanburh luchó tan vigorosamente y condujo tan bien a sus partidarios que Aethelstan le otorgó su completa amistad y quiso que residiese para siempre en la corte. Eyvind no estaba seguro de que eso fuese lo que deseaba para el resto de su vida, por lo que le pidió permiso para ir a visitar su antiguo hogar.

Encontró a Svein preparándose para otro viaje, y decidido a embarcar. En Dinamarca gozaron de la hospitalidad del caudillo Sigurd Haraldsson. Éste tenía una hija, Gunnvor, una bella doncella a la que Eyvind pronto empezó a cortejar. Los padres pensaron que sería un buen partido para ambas casas; y cuando Eyvind regresó a Inglaterra, se llevó a Gunnvor como su novia.

Entonces tuvo que acompañar al rey, que estuvo viajando ese invierno. Gunnvor fue también. Ella se ganó el corazón de las da-

* La zona de Inglaterra que había quedado asignada a los daneses en tiempos del rey Alfredo el Grande, por el siglo ix. (J. M. L.)

mas de la corte, porque podía hablar largamente sobre tierras y caminos extranjeros. Aunque Aethelstan no estaba casado, le llegaron noticias de ello: especialmente de una larga saga de los viejos días que ella estaba relatando. La llamó a su pabellón, donde se sentaba con sus hombres.

—Éstas son noches lóbregas —la reprendió riendo—. ¿Por qué das a las mujeres un placer que a mí me rehúsas?

—Solamente contaba historias, señor —dijo ella.

—Bastante buenas, según he oído —respondió el rey.

Se la veía cohibida. Eyvind tomó la palabra en su nombre:

—Señor, conozco estas historias, y puede que no sean adecuadas para vuestra compañía —su mirada cayó en el obispo que se sentaba cerca—. Es un cuento pagano —Eyvind mantenía en secreto que aún daba culto a los elfos.

—Bien, ¿y qué importa? —preguntó Aethelstan—. Si yo contase entre mis amigos con un hombre como Egil Skallagrimsson...

—No hay nada malo en oír hablar de los antepasados, mientras no olvidemos que estaban equivocados —dijo el obispo—. Más aún, nos puede ayudar a comprender a los paganos de nuestro tiempo, y así enseñarnos el mejor camino para conducirlos a la Fe —después de un instante, añadió pensativo—: Debo confesar que pasé mi juventud estudiando en el extranjero y conozco menos sobre vosotros los daneses que la mayoría de los ingleses. Os estaría agradecido si pudierais explicarme las cosas a vuestra manera, mi señora Gunnvor.

Y así quedaron las cosas, de suerte que aquel invierno ella pasó muchas noches hablándoles de Hrolf Kraki.

CAPÍTULO 2

La historia de Frodhi

I

En aquellos días, Dinamarca era menos extensa que ahora. Abarcaba la gran isla de Selandia y las otras pequeñas a su alrededor. Excepto por los cretosos acantilados de Mön al Sur, es un país llano, en el que las colinas se ondulan tan suavemente como fluyen los ríos. Luego, hacia el Este, al otro lado del Sund, se encuentra Escania. La parte más angosta del estrecho, que puede recorrer a nado cualquier muchacho, se parece mucho a su hermana; y dicen que antaño la diosa Gefion arrancó Selandia de la península para poder tenerla para sí y para su amante, Skiold, el hijo de Odín. Pero hacia el Norte, donde se proyecta hacia el Kattegat, Escania se alza en cumbres rojizas, el término sur del Keel.

Es una tierra de suelo fértil, en cuyas aguas pululan los peces, las focas y las ballenas, cuyos pantanos oscurecen y atruenan las alas de los ánades, cuyos árboles viajan lejos convertidos en el maderamen de excelentes barcos. Pero esos mismos árboles crecen en bosques poco menos que intransitables, guarida del ciervo y del alce, del uro y del bisonte, del lobo y del oso. En tiempos antiguos, las soledades abarcaban más y eran más espesas de lo que son ahora, aislando entre sí los asentamientos de los hombres, cobijando no sólo a los forajidos, sino también a elfos, trolls y otros seres maravillosos.

Al norte de Escania está la tierra de los Götar, a quienes los ingleses llaman geatas. Entonces era un reino con su propia ley. Más al Norte se encuentra Svithjodh, donde moran los suecos; el suyo era el mayor y el más poderoso de los países nórdicos. Al Oeste, a través de las montañas, estaba Noruega, entonces dividida en muchos pequeños reinos y tribus sumidos en constantes altercados. Más allá de Noruega y de Svithjodh viven los finlandeses. Son, en su mayoría, cazadores errabundos y pastores de renos, y hablan una lengua que no se parece a ninguna de las nuestras. Pero son tan ricos en pieles que, a pesar de definirse muchos de ellos como expertos en brujería, son atacados de continuo o sometidos a tributo por daneses, suecos y noruegos.

Volviendo de nuevo al Sur, al Oeste de Selandia encontramos el Gran Belt, y más allá de estas aguas la isla de Fyn. Luego viene el Pequeño Belt y después la península de Jutlandia. Jutlandia es una tierra más escarpada y agreste que el resto de lo que hoy es el reino danés. Desde las playas del Skagen, ampliamente surcadas por los silbidos del viento, hasta los pantanos del Sur, donde los hombres andan sobre zancos como si fuesen cigüeñas, cerca ya de la desembocadura del poderoso Elba, se encuentra la madre de todas esas gentes que han vagado extensamente a través del mundo: cimbros, teutones, vándalos, hérulos, anglos que dieron su nombre a Inglaterra, jutos, sajones, y tantos otros.

No solamente para ganar fuerza, riqueza y fama, sino para detener las interminables guerras e invasiones, los reyes daneses de Selandia y Escania intentaron someter a los otros a su poder. Y a veces vencieron en la batalla y fueron reconocidos como señores supremos en diversas partes. Pero no pasaba mucho tiempo sin que se desenvainasen de nuevo las espadas, y en los tejados de los condes que habían establecido para que dirigiesen aquellas tierras no tardaba en cacarear el gallo rojo. La mitad de las veces esto sucedía porque reyes que eran hermanos luchaban entre sí.

Decían descender de Skiold y Gefion. Se dice en Inglaterra—donde a Skiold le llaman Scyld— que fue conducido a la orilla en un barco sin remos. Estaba lleno de armas pero llevaba también una gavilla de grano donde descansaba la cabeza del niño. Los daneses lo tomaron por rey, y gran rey llegó a ser, que dio leyes y paz

y estableció los cimientos del reino. Cuando al final murió, su apenado pueblo lo dejó a la deriva en un barco cargado de valiosos objetos, para que pudiese volver a ese hogar desconocido del que había venido. Creían que su padre había sido Odín. Y, a decir verdad, la sangre del Tuerto se mostró después de muchas maneras, de tal modo que algunos de los Skioldungos fueron sabios y pacientes patriarcas, otros salvajes y codiciosos, y aun otros dados a escurriñar cosas que mejor hubiese sido no tocar.

Esto último fue lo que les sucedió más a menudo a los reyes de Svithjodh. Eran los Ynglingos, que procedían de Freyr, que no es un dios del cielo sino de la tierra, cuya fertilidad se evoca en extraños ritos, como así mismo sus sombras, y ese moho que lo devora todo. En su sede de Uppsala, no pocos de estos reyes adoraron a animales e hicieron hechicerías. Además, engendraron buenos y esforzados guerreros, y, cuando al final los expulsó Ivar Palmo Ancho —mucho después de la historia que voy a contaros—, uno de sus hombres fue el antecesor de aquel Harald el de la Hermosa Cabellera, que convirtió a Noruega en un único reino.

Entre Skioldungos e Ynglingos hubo escaso amor y sí mucho derramamiento de sangre. Entre ellos estaba la tierra de los Götar. Siendo menores en número que cualquiera de sus vecinos, estos últimos buscaron la amistad de ambos, o por lo menos jugar un doble juego. Aun así no eran de ningún modo débiles. De entre ellos surgió ese hombre al que los ingleses llaman Beowulf.

Así estaban los asuntos en los días en que Frodhi el Pacificador se convirtió en rey de Dinamarca. De él se dicen muchas cosas, y como ganó la supremacía por medio de la guerra y de la astucia, prosiguió luego promulgando tales leyes y guardando tanto la paz que una doncella podía llevar un saco lleno de oro de una punta a otra de su reino sin sufrir ningún daño. Sin embargo, había también en él esa voracidad que podía darse en los Skioldungos y que, anteriormente, había ocasionado que a su antepasado Hermodh lo expulsasen del trono real en la ciudad de Leidhra y lo condujesen a las soledades del yermo. Se oyen diferentes historias sobre el fin de Frodhi; pero la que oiréis ahora es la que prefieren los escaldos.

Un barco de Noruega trajo para vender algunos cautivos de las tierras altas. De éstos, Frodhi escogió dos mujeres enormes y

jóvenes, de cabello largo, enmarañado y oscuro, pómulos salientes, boca y nariz anchas, ojos rasgados, que iban vestidas con pieles malolientes. Ellas se llamaban, con voz atronadora, Fenja y Menja. Se contaba cuántas vidas, como anunciaron, había costado atraparlas y cómo ellas no eran en realidad humanas sino de la raza de los Jötun. Un sabio advirtió a Frodhi que jamás se las podría haber hecho cautivas de no haber intervenido en ello la voluntad de una Norna*. Pero el rey no prestó atención a aquellas palabras.

Tenía él un molino de mano llamado Grotti. Nadie sabía de dónde procedía; quizá de uno de esos dólmenes que se levantan severos en las tierras danesas, desde hace tanto que los nombres de sus constructores ya se han olvidado. Una bruja había afirmado que el molino podía moler y fabricar, por tanto, todo lo que el rey quisiese; pero como nadie había tenido la fuerza suficiente para manejar el mango de roble que hacía girar la piedra superior, él pensó que aquellas mujeres sí podrían.

Y bien que pudieron. Las puso en un lóbrego cobertizo donde se encontraba el molino. Un viejo canto cuenta la historia de lo que siguió.

<i>Ahora ellas vinieron</i>	<i>a la casa del rey,</i>
<i>las dos divinidades,</i>	<i>Fenja y Menja.</i>
<i>Vendidas a Frodhi,</i>	<i>el hijo de Fridhleif,</i>
<i>fueron las dos doncellas,</i>	<i>poderosas en la esclavitud.</i>

<i>Allí fueron las mujeres</i>	<i>puestas a trabajar,</i>
<i>tenían que mover</i>	<i>la piedra pesada,</i>
<i>y nunca Frodhi</i>	<i>les daba descanso.</i>
<i>Les ordenaba cantar</i>	<i>sin cese en el molino.</i>

<i>Dieron las doncellas</i>	<i>una voz al molino;</i>
<i>las piedras gimieron;</i>	<i>gruñó en la tierra.</i>
<i>Todavía ordenó a las doncellas</i>	<i>moler y moler.</i>

* Las Nornas, en número de tres, son divinidades del Destino. (N. del T.)

Movieron y movieron velozmente la piedra.
Fue a dormir la mayor parte de los esclavos de Frodhi.
Entonces cantó Menja, junto al mango del molino:

«Te molemos bienestar, Frodhi, y riquezas,
y mucho ganado, en el molino de la suerte.
Te sentarás en la abundancia y dormirás en plumones
y despertarás cuando lo desees. ¡Bien está molido!

Aquí ya nadie dañará a ningún otro,
romperá la paz, o asesinará a su prójimo,
ni matará al que mató a su propio hermano,
aunque tenga al asesino preso y sin ayuda.»

Pero Frodhi para ellas no tenía otras palabras que éstas:
«Tanto tiempo podréis dormir como el cuclillo guarda silencio,
o lo que uno en decir tarda un único verso.»

«Insensato fuiste, Frodhi, tú a quien ama tu pueblo,
cuando nos compraste para ser tus esclavas,
viendo que parecíamos buenas trabajadoras,
pero no preguntaste de qué tierra somos.

Fuerte era el gigante al que llamaban Hrungnir,
pero todavía más fuerza tenía Thjazi.
Idhi y Aarnir son de nuestra sangre:
hermanas de los trolls de las montañas; tal es nuestro linaje.»

Nunca fuera Grotti hecho de granito,
ni de los acantilados extraídas sus piedras.
Ni ellas molieran —las doncellas de las montañas—
si no conocieran lo que hacen girar.

«Durante nueve inviernos enteros creció nuestra fuerza
mientras jugábamos bajo la tierra.
Entonces estuvo maduro de las doncellas el poder.
Levantábamos colinas y las llevábamos en nuestras espaldas.

Nosotras derribamos las piedras en las mansiones de los Jötun
y las arrojamos a los valles con un ruido de muerte.
Del mismo modo tiramos las losas de los acantilados,
con las que después los hombres hicieron sus casas.

Después viajamos las hermanas adivinas
a Svithjodh en busca de guerra.
Osos matamos y escudos partimos,
rompiendo las huestes de cotas grisáceas.

A un rey alzamos, y hundimos a otro,
dimos nuestra ayuda al bueno de Guthorm,
con muerte y con fuego, hasta que cayó Knui.

En todos esos años estuvimos batallando,
bien conocidas que éramos como las doncellas guerreras.
Nos labrábamos nuestro camino con las afiladas lanzas,
y la sangre oscurecía la maldita espada.

Ahora estamos en la casa del rey.
La mala fortuna nos ha convertido en siervas del molino.
Nuestros pies roe la grava, tiritamos de frío,
otra cosa no hacemos más que trabajar... ¡Malhaya Frodhi!

Que la piedra pare y descansen las manos.
Ya he molido bastante; no moleré más.
Pero nunca las manos conocerán descanso
hasta que la codicia de Frodhi se dé por satisfecha.

Ahora las manos empuñarán las endurecidas lanzas
y las enrojecidas armas. ¡Despierta, Frodhi!
Despierta, Frodhi, si es que deseas
oír nuestros cantos y sagas de antaño.

Veo que arde fuego hacia el Este,
signo que anuncia la guerra que acecha.
Una hueste extranjera hacia aquí se apresura
para quemar la fortaleza construida por Frodhi.

*Serás arrojado del trono de Leidbra,
de los rojizos anillos y del molino de las riquezas.
Ase más fuerte, doncella, el mango del molino,
porque ahora molemos sangre en la tierra.*

*Fuertemente moliendo la molienda del hado,
vemos a cuántos la muerte ha marcado.
Ahora sacudimos los fustes de hierro
que sostienen el molino. Duro lo menearemos.*

*Duro lo menearemos. Sólo el hijo de Yrsa
puede redimir lo que para ti está perdido:
él que es al mismo tiempo el hermano de Yrsa*
y el hijo que ha criado, como bien lo sabemos.»*

*Las doncellas molían, y grande era su fuerza;
las conservó allí jóvenes la ira de los Jötun.
El molino se hundió y yace en el polvo,
las piedras crujieron y se hicieron añicos.*

*Cantaron entonces las doncellas procedentes de las montañas:
«Ya hemos trabajado como tú nos dijiste, Frodhi,
y molido tu destino. ¡Ya hemos trabajado bastante!»**.*

Y así en su ira, Fenja y Menja conjuraron una hueste vikinga que cayó sobre la ciudad del rey y lo asesinó. Respecto a lo que sucedió a las gigantas, se cuentan diferentes historias; pero todas coinciden en que aquí el destino se desplomó sobre los Skioldungos.

Frodhi dejó tres hijos, Halfdan, Hroar y Skati. Los tres se enzarzaron en lucha para ver quién sería el primero. Ésta ha sido la maldición de las tierras del Mar del Norte, que sus reyes engendrassen muchos hijos y que la pretensión del uno fuese tan buena como la del otro, tanto si hubiese nacido de una reina, de una amante, de una esclava o de un encuentro fortuito: en cualquier caso no po-

* Hrolf Kraki. (N. del T.)

** Este poema es «El Canto de Grotti», de la *Edda Mayor*. (N. del T.)